Año XXI. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, Num. 23.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Sumario.—Tarjetero.— Entredos para ropa blanca de señora y de niño. — Orla de trencilla. — Acerico. — Cuello de piqué. — Sombreros de primavera y de verano.—Explicacion del grabado de modas.—Fausta Sorel.—La Vírgen de las Lilas.— El ciego de los valles. — Teatros.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del logogrifo anterior.—Geroglífico.

Tarjetero.

El dibujo de éste se bordará enteramente con hilillo de oro muy fino sobre terciopelo ó muaré. La labor se hará en el bastidor. Las dos caras se doblan, y en el lado opuesto al doblez se coloca la lengüeta ó broche. El tarjetero debe armarse por un encuadernador.

Entredos para ropa blanca de señora y de niño.

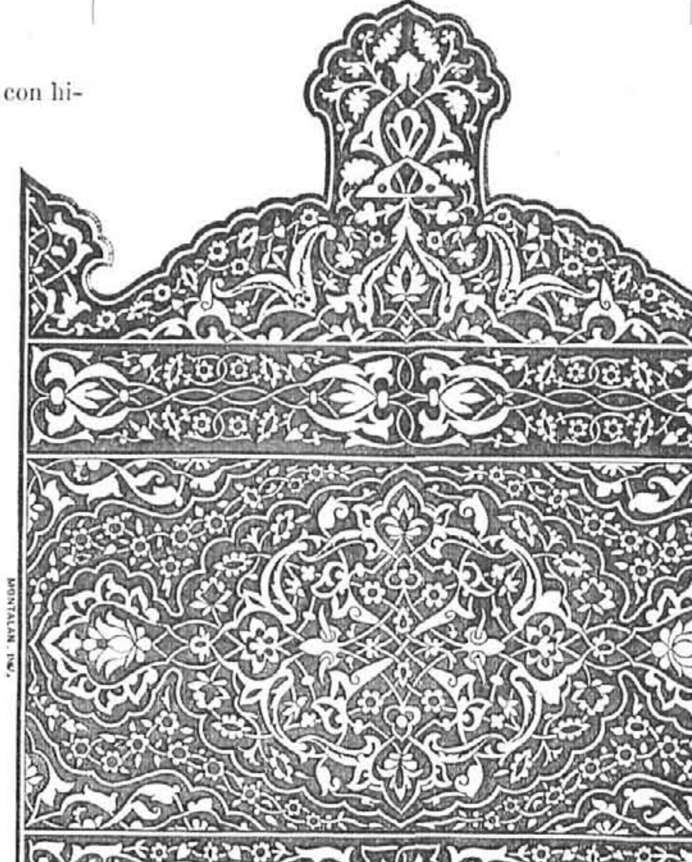
Este entredos se hace de red, con hilo del n.° 100; se le borda á punto de zurcido con algodon de bordar del n.° 50; el molde es una aguja gruesa de hacer punto; la lanzadera debe ser muy fina; no pudiera reemplazarse la red con tul, porque no tendria éste la solidez indispensable para este entredos.

Se arma una sola malla, — se hace la red de ida y vuelta, labrando siempre dos mallas en la última de la vuelta anterior, hasta que se tengan 11 mallas en todo; se conserva este número en toda la labor, aumentando una malla al fin de cada vuelta, y disminuyendo otra tambien al fin. La disminucion se verifica, como es sabido, formando con dos una malla sola. Cuando la tira tiene el largo necesario para el uso á que se la destina, se concluye disminuyendo al fin de cada vuelta hasta que quede solamente una, y así se acaba como se empezó.

Se arma esta tira de red sobre un pedazo de hule, despues se hace la labor á punto de zurcido á lo largo y al través, como el dibujo lo indica. Para llenar uno de los cuadros de la red, se hacen tres puntos á lo largo y cuatro atravesados, pasando la aguja bajo un punto y sobre el punto siguiente. Así se continúa.

Orla de trencilla.

Esta orla servirá para adornar la parte de abajo de los trages de señoras, de señoritas y de niños:



TARJETERO.

en el primer caso se la podrá repetir dos veces encima del dobladillo, á fin de hacer á aquellos mas ricos; téngase presente que entonces han de ponerse encontradas las palmas en vez de colocarlas una sobre otra. Esta orla se hará con trencilla de lana negra, sobre piqué blanco ó color de maiz, sobre alpaca, tafetan ó popelina; tambien servirá para gabanes cortos, etc.; podrá igualmente ejecutarse este dibujo al crochet con algodon blanco sobre trages blancos,—con seda negra sobre todas las telas de lana: en tal caso la labor debe hacerse en el bastidor, y cada contorno será doble, esto es, formado por dos cadenetas, á menos que no se emplee torzal de seda muy grueso. El bordado al crochet estará muy de moda este verano, y probablemente tambien en otoño é invierno, y no habrá vestidos de señoras y de niños en los cuales no pueda figurar.

Acerico.

MATERIALES.—Terciopelo granate, que tenga 20 centímetros de largo y de ancho; la misma cantidad de tafetan ó de raso de igual color; cuentas blancas de cristal, doradas, y cuenzas opacas; trenzas estrechas de oro; cinta de raso blanca de un centímetro de ancho.

El dibujo n.° 1 representa el acerico terminado y en tamaño reducido; el n.° 2 es su mitad del tamaño natural; el número de las cuentas va indicado en el dibujo. Se distinguen en el acerico concluido los tintes de las cuentas; las mas oscuras son de cristal, las mas claras son blancas opacas; las venas de las hojas y los tallos se hacen con cuentas doradas. El medio está adornado con un enrejado de trenza estrecha de oro, sujeto en cada punto en que se cruza por una cruz de seda negra; este enrejado se rodea con un círculo que se forma con cuentas de cristal dispuestas en sesgo; para cada uno de estos puntos al sesgo se ensartan ocho cuentas de cristal.

Se corta un pedazo de tafetan ó raso, y dos pedazos de percalina sobre el dibujo n.° 2; representando este la mitad del acerico, ya se comprende que cada uno de estos pedazos debe doblarse sobre el medio de la figura n.° 2, á fin de que salga entero; se reunen la cara de arriba, la de abajo y los dos pedazos de

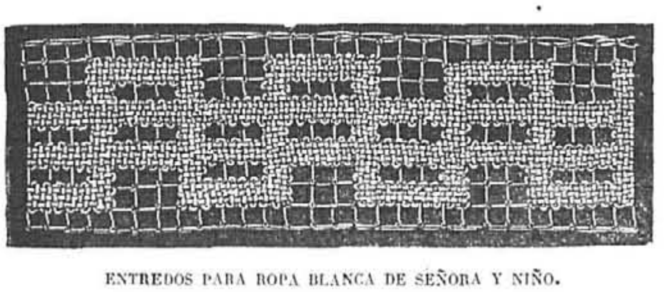
© Biblioteca Nacional de España

percalina, dejando solo una abertura pequeña para llenar el acerico con salvado; se cose en seguida esta abertura, y se cubre la costura con cinta blanca de raso.

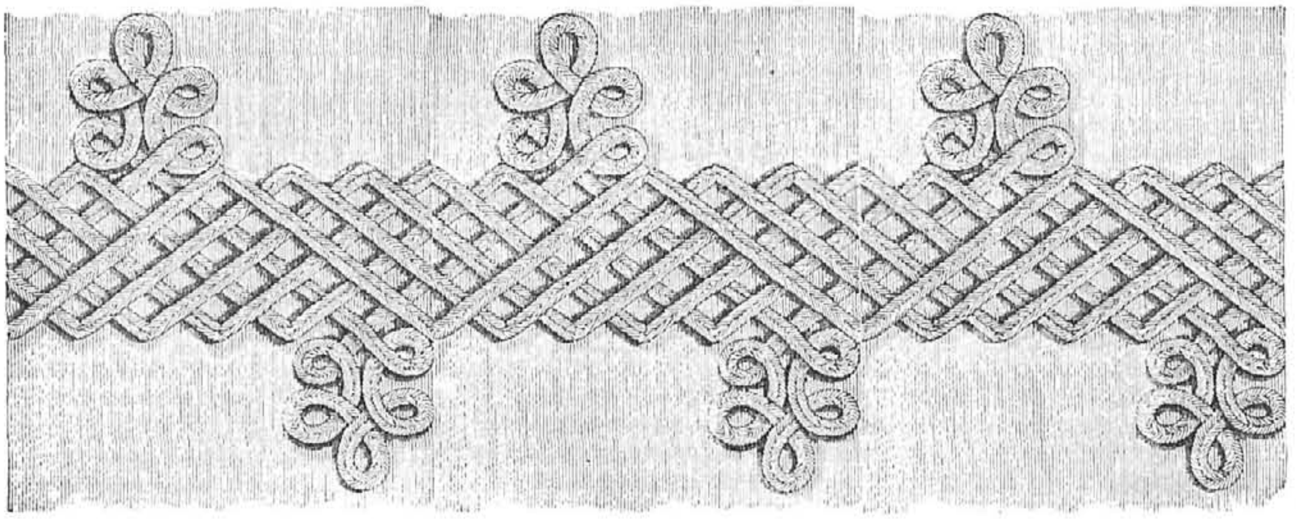
El fleco es de cuentas de cristal; se le hace por separado, y despues se le coloca en el borde de la cara de arriba de terciopelo. Se ensarta un número de cuentas suficiente para poder rodear el acerico, y se cierra este círculo sin cortar el hilo.

1.ª *vuelta del fleco.*—Se ensartan 11 cuentas, se pasa el hilo en la 6.ª cuenta del círculo, saltando por encima de 5 cuentas;—* se vuelve á pasar el hilo en las dos últimas cuentas que se han ensartado,—se ensartan 9 cuentas,—se saltan 5,—se pasa el hilo en la 6.ª, y así sucesivamente en toda la vuelta. El último feston se compone solo de 7 cuentas, y se pasa el hilo al través de las dos primeras cuentas del primer feston.

2.ª *vuelta.*—Se lleva el hilo al través de las cuentas, hasta la del medio del primer feston; se ensartan 30 cuentas, se sujeta este feston en la cuenta del medio del feston que sigue perteneciente á la 1.ª vuelta, pasando el hilo de tal modo que estos festones caigan unos sobre otros, como lo indica el dibujo.



ENTREDOS PARA ROPA BLANCA DE SEÑORA Y NIÑO.



ORLA DE TRENCILLA.

Cuello de piqué.

Este cuello está destinado para los equipos de campo y de viage; el fondo es de piqué blanco; la guarnicion se compone de tiras de muselina lila, azul ó rosa; separadas por una cinta blanca, de un centímetro de ancho, dispuesta en festones ó puntas. Esta combinacion puede alterarse de distintas maneras, ya en las telas, ya en las tiras, que son á veces del mismo color que el fondo.

El dibujo n.º 1 representa la mitad del cuello; la línea blanca indica su medio; el dibujo n.º 2 es el puño de manga entero; los dibujos números 3 y 4 representan la cinta blanca en la cual se forman las puntas que vamos á describir; esta guarnicion puede emplearse tambien como adorno de todos los objetos de ropa blanca destinados para señoras y niños.

Las líneas marcadas en los dibujos números 3 y 4, indican los pliegues por medio de los cuales se forman las puntas; las líneas de puntos son el pliegue interior, las líneas contínuas el lado exterior del pliegue. El dibujo n.º 3 representa la punta sencilla: se dobla la cinta primero por la línea de puntos n.º 1, de modo que esta línea se halle hácia adentro; se hace lo mismo con el n.º 2. La línea n.º 3 es continua; debe por consiguiente encontrarse hácia afuera cuando se ha plegado la cinta; se procede del mismo modo en toda la cinta necesaria para la guarnicion.—El dibujo n.º 4 representa puntas dobles; todos los pliegues se hacen hácia el mismo lado; por consiguiente todas las líneas son contínuas.—Se aseguran los pliegues de la una y de la otra tira, primero haciendo algunos puntos del revés con hilo muy fino, para unir los dos lados, que vueltos el uno hácia el otro forman cada punta, y despues por medio de una costura pespunteada que va indicada en el dibujo: esta costura se hace en el borde de arriba de las puntas sencillas, y en el medio de las puntas dobles.

Se corta el cuello y el puño de la manga en piqué; se los orla pespunteando por el derecho una tira de muselina de color; se cosen en seguida sobre esta tira las puntas sencillas,—despues una segunda tira de muselina,—despues las puntas dobles. Toda esta labor debe hacerse sobre un pedazo de hule, sobre la cual se habrá hilvanado el fondo del cuello cuando se le haya orlado con la tira de muselina.

N.º 1.—ACERICO.

Sombreros de primavera y de verano.

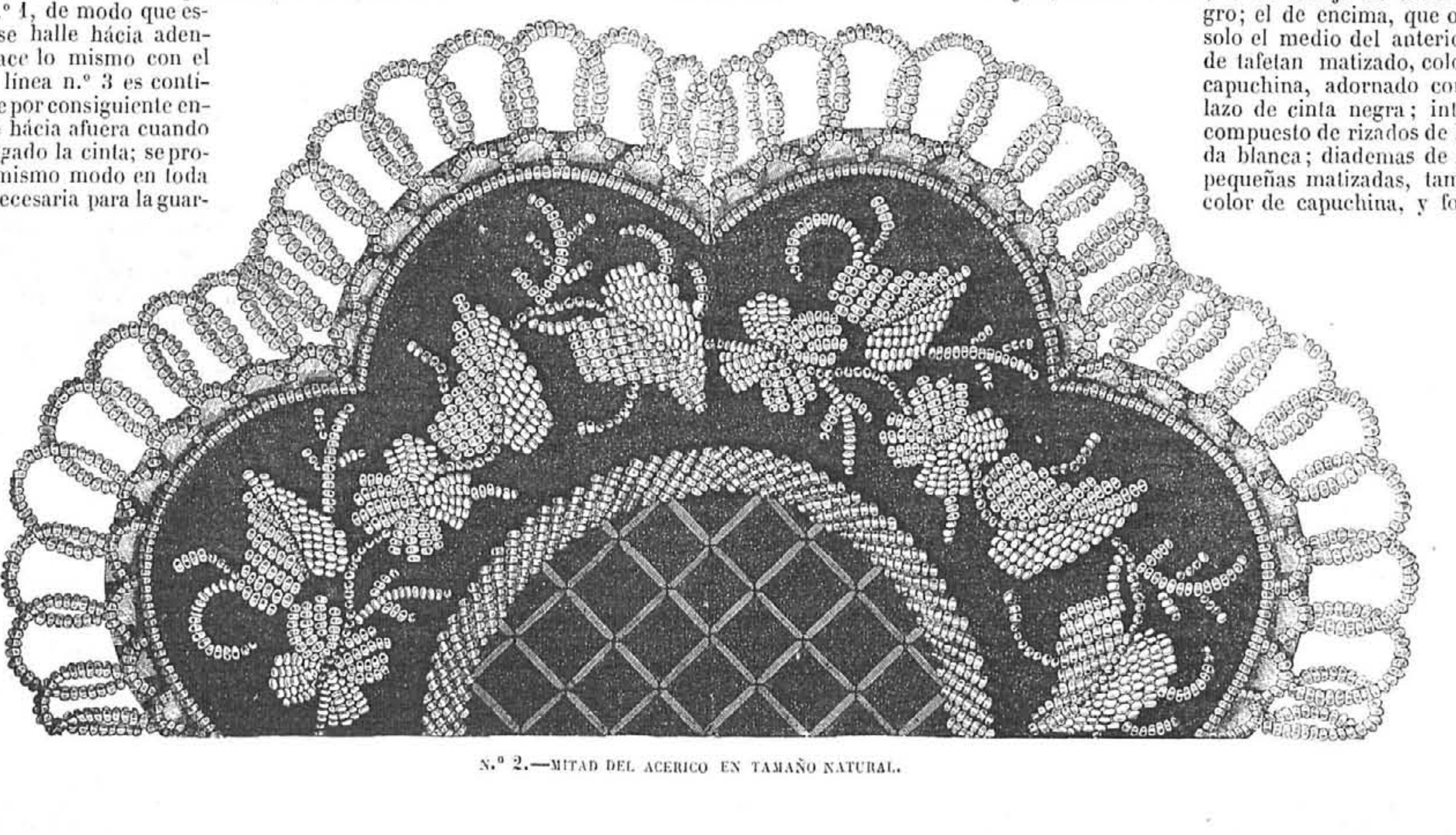
Fieles á lo que hemos prometido, publicamos hoy algunos de los modelos creados por M.me Aubert para la estacion actual y para la que va á comenzar. Las formas actuales parecen á primera vista calculadas para afear los rostros femeninos; pero es tan incontestable el imperio de la moda, que no solo se aceptan las tales formas, sino que no se podrian tolerar en este momento las formas y los adornos que no elevasen el peinado ó el prendido sobre la frente.—El número de las mujeres que se obstinan en luchar contra la moda es muy escaso; semejante lucha es en efecto imposible, y si no fuera imposible fuera inútil; la prudencia aconseja, por tanto, el abstenerse, ora de adelantarse á la moda, ora de pretender que ella vuelva atrás.

Veamos pues los sombreros de M.me Aubert.

N.º 1.—Sombrero de crin blanco, guarnecido en lo alto del ala tanto por dentro como por fuera con plumas blancas y plumas lila, dispuestas en forma de diadema; un ancho lazo de tafetan lila está colocado en lo alto de la frente; el bavolet es blanco por los lados, lila en el medio, cubierto en este sitio con una puntilla de encage negro; bridas blancas. Este sombrero conviene á las personas de 20 á 35 años.

N. 2.—Sombrero de primavera, de crespon color *Habana*: un ancho encage negro cae sobre el ala, plegada á pliegues gruesos; en medio del ala hay un copo de plumas negras y color *Habana*: bavolet de crespon, adornado con una puntilla de encage negro: el interior se compone de rizados blancos de tul y blonda, y de una diadema formada por una roseta de encage negro; bridas del mismo color que el sombrero. Este puede llevarse á cualquier edad.

N.º 3.—Sombrero blanco de paja de arroz: el ala está guarnecida con un copo de plumas negras, mezcladas con hojas de cinta, sujeto todo por un lazo plano color de capuchina, rodeado de encage negro; bavolet doble; el de debajo de tafetan negro; el de encima, que ocupa solo el medio del anterior, es de tafetan matizado, color de capuchina, adornado con un lazo de cinta negra; interior compuesto de rizados de blonda blanca; diademas de rosas pequeñas matizadas, tambien color de capuchina, y follage



N.º 2.—MITAD DEL ACERICO EN TAMAÑO NATURAL.

© Biblioteca Nacional de España

SOMBRERO N.º 7.

negro. Este sombrero está bien de los 30 á los 45 años.

N.º 4.—Sombrero de paja de Italia, guarnecido con tres plumas de avestruz, de color amarillo pálido : la primera de estas plumas forma diadema en el interior del ala; la excede por arriba, y su extremidad cubre el pié de la segunda pluma, que oculta á su vez el principio de la tercera; bavolet de tafetan amarillo, cubierto por un segundo bavolet de blonda blanca.

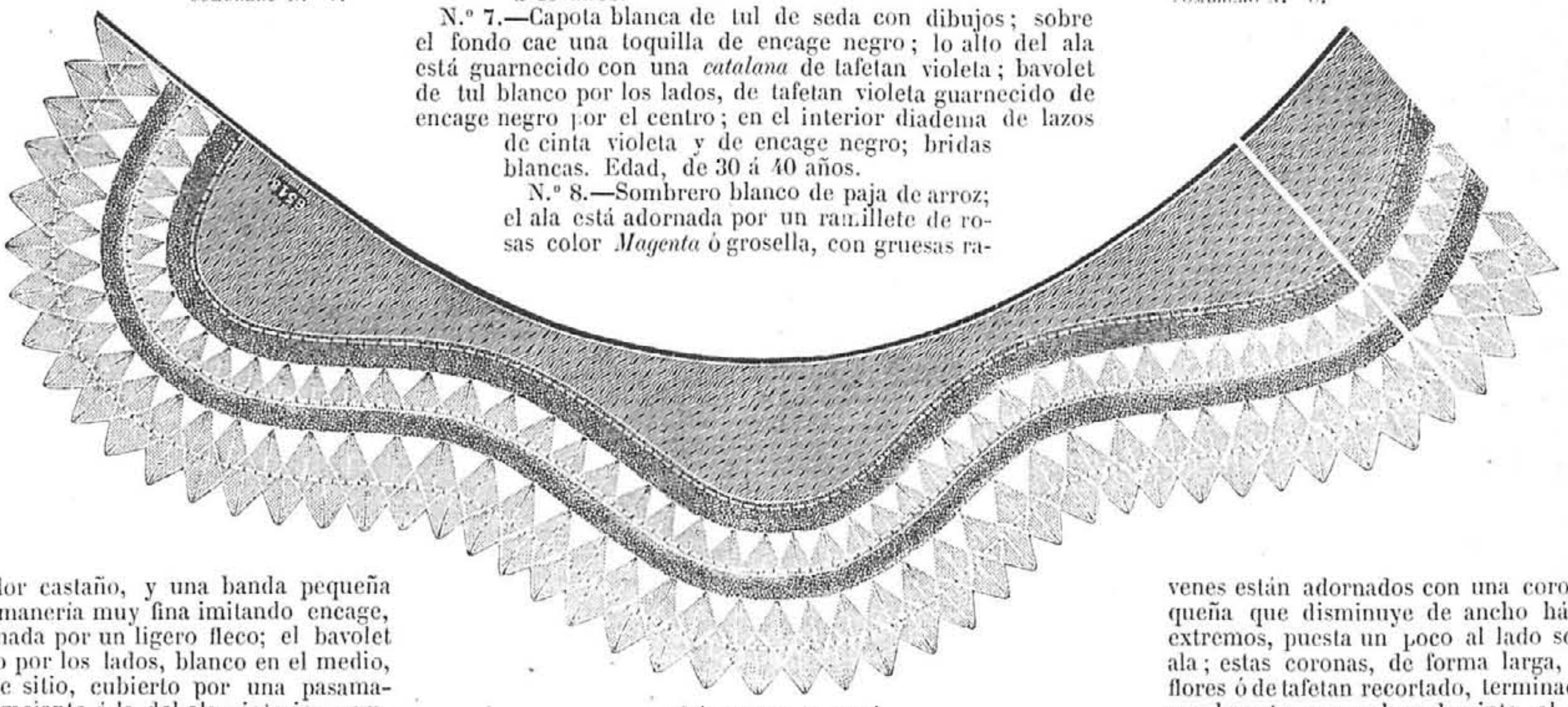
N.º 5.—Sombrero blanco de tul de encage, sembrado de ramitos : la guarnicion se compone de una guirnalda de hojas de yedra, formando copo en la parte superior del ala, y prolongándose hácia el lado derecho hasta el medio del bavolet; este es de tafetan verde, cubierto de blonda blanca; una puntilla de blonda blanca guarnece lo alto del sombrero, y cae sobre la diadema colocada en el interior; bridas verdes. Este sombrero corresponde á personas de 35 hasta 50 años.

N.º 6.—Sombrero de crespon verde claro: el ala está plegada y adornada con una *catalana* de encage negro, debajo de la cual se coloca algunas veces un gran velo de crespon ó de gasa del mismo color que el sombrero; este velo, dicho *catalan*, está plegado á pliegues gruesos, y sujeto solamente á lo alto del ala, esto es, debajo de los adornos, flores, encages ó lazos de cinta que se ponen en este sitio; bavolet de crespon verde, cubierto por un bavolet de encage negro de forma puntiaguda, descubriendo los lados del bavolet verde; interior compuesto de rizados de blonda blanca; diadema de margaritas pequeñas de todos colores. La edad que corresponde á este sombrero es de 25 á 40 años.

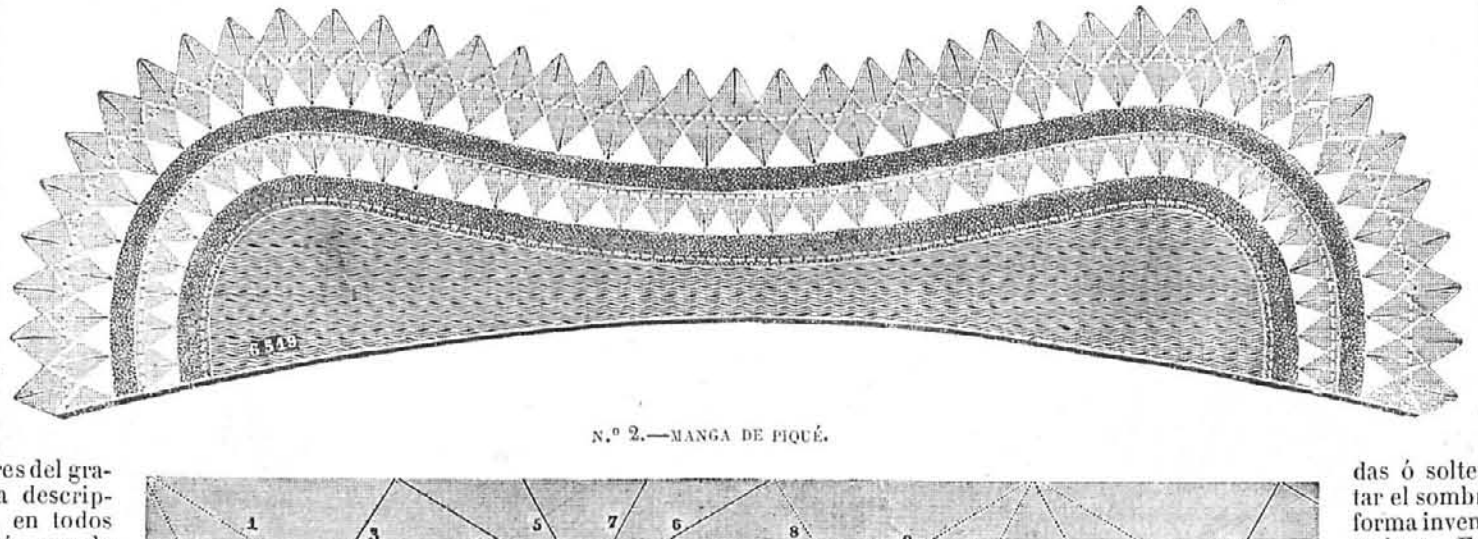
N.º 7.—Capota blanca de tul de seda con dibujos; sobre el fondo cae una toquilla de encage negro; lo alto del ala está guarnecido con una *catalana* de tafetan violeta; bavolet de tul blanco por los lados, de tafetan violeta guarnecido de encage negro por el centro; en el interior diadema de lazos de cinta violeta y de encage negro; bridas blancas. Edad, de 30 á 40 años.

N.º 8.—Sombrero blanco de paja de arroz; el ala está adornada por un ramillete de rosas color *Magenta* ó grosella, con gruesas ramas color castaño, y una banda pequeña de pasamaneria muy fina imitando encage, y terminada por un ligero fleco; el bavolet es negro por los lados, blanco en el medio, y en este sitio, cubierto por una pasamanería semejante á la del ala; interior compuesto de rizados blancos con diadema de rosas grosella; el contorno del sombrero está orlado por un encage negro estrecho; anchas bridas blancas.

SOMBRERO N.º 8.



N.º 1—CUELLO DE PIQUÉ.

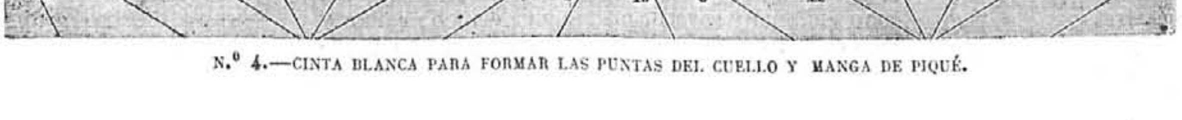


N.º 2.—MANGA DE PIQUÉ.

Además de estos sombreros, hay muchos otros que merecerian los honores del grabado y de la descripcion. El gris, en todos sus tonos está muy de moda para las capotas de crespon. Se han resucitado los colores llamados *cenizas de rosa*, *La Valliere*, etc.: el primero es muy bello con flores y diademas de violetas. Muchos sombreros de señoritas jóvenes están adornados con una corona pequeña que disminuye de ancho hácia los extremos, puesta un poco al lado sobre el ala; estas coronas, de forma larga, son de flores ó de tafetan recortado, terminadas generalmente por un lazo de cinta, el mismo adorno en el interior del ala; bavolet y bridas del mismo color que el adorno.

Entre los sombreros de paja destinados á las jovencitas de 14 ó 15 años, ó bien para equipos de campo ó de viage de las jóvenes casadas ó solteras, debo citar el sombrero *Minerva*, forma inventada por M.me Aubert. Este sombrero es redondo, ó mas bien ovalado, se hace de paja de Italia ó de paja cosida; el borde forma *campana* por detrás, despues se levanta gradualmente por los lados, y se transforma en diadema por delante; plumas y lazos

N.º 3.—CINTA BLANCA PARA FORMAR LAS PUNTAS DEL CUELLO Y MANGA DE PIQUÉ.



N.º 4.—CINTA BLANCA PARA FORMAR LAS PUNTAS DEL CUELLO Y MANGA DE PIQUÉ.

© Biblioteca Nacional de España

SOMBRERO N.º 1.

de terciopelo, dispuestos con el mayor arte, contribuyen á formar el mas gracioso adorno para la cabeza que pudiera imaginarse para embellecer una fisonomía jóven. Esta forma sienta mucho mejor que la del sombrero *campana*, semejante á una cofaina vuelta del revés.

E. R.

FAUSTA SOREL.

NOVELA ORIGINAL

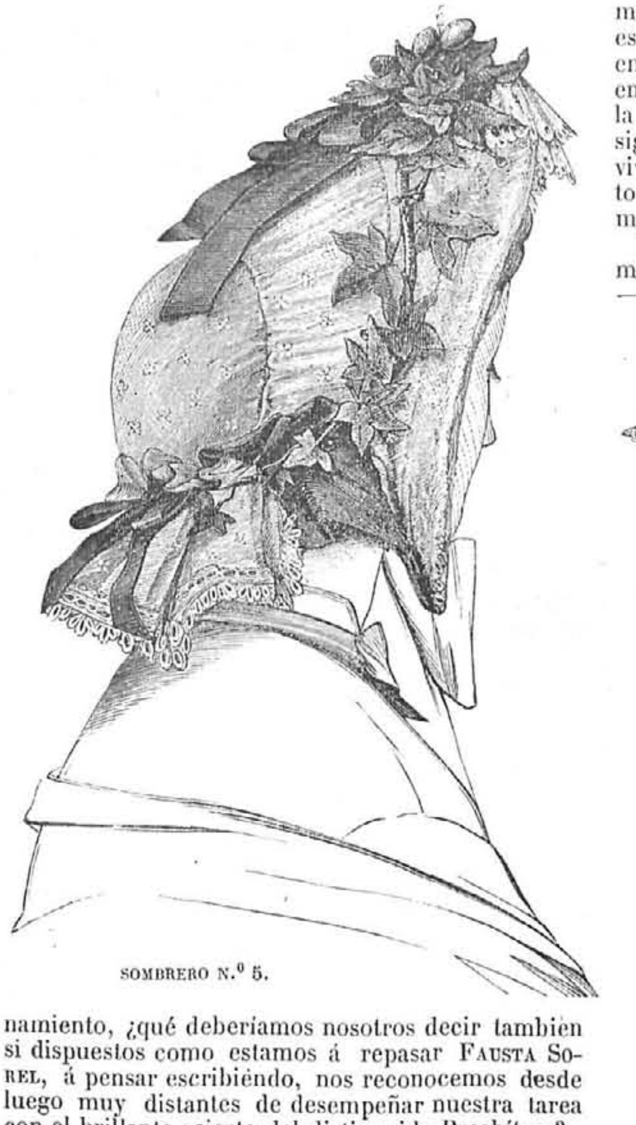
DE LA SRA. D.ª MARIA DEL P. SINUES DE MARCO.

El ilustrado Presbítero D. Antono Navarro Asencio, al redactar el prólogo de la obra titulada *La Ley de Dios*, produccion, como sabeis, de la Sra. Sinués de Marco, y publicada bajo la proteccion de nuestros reyes, dice, con tanta modestia como sinceridad, estas palabras.

—»Una idea me ha extremecido al trazar las primeras líneas de este prólogo: la de empañar con las tinieblas de mi aliento el brillo de estas flores, en vez de hacer resaltar el suave perfume que despiden.»

SOMBRERO N.º 3.

SOMBRERO N.º 2.



SOMBRERO N.º 5.

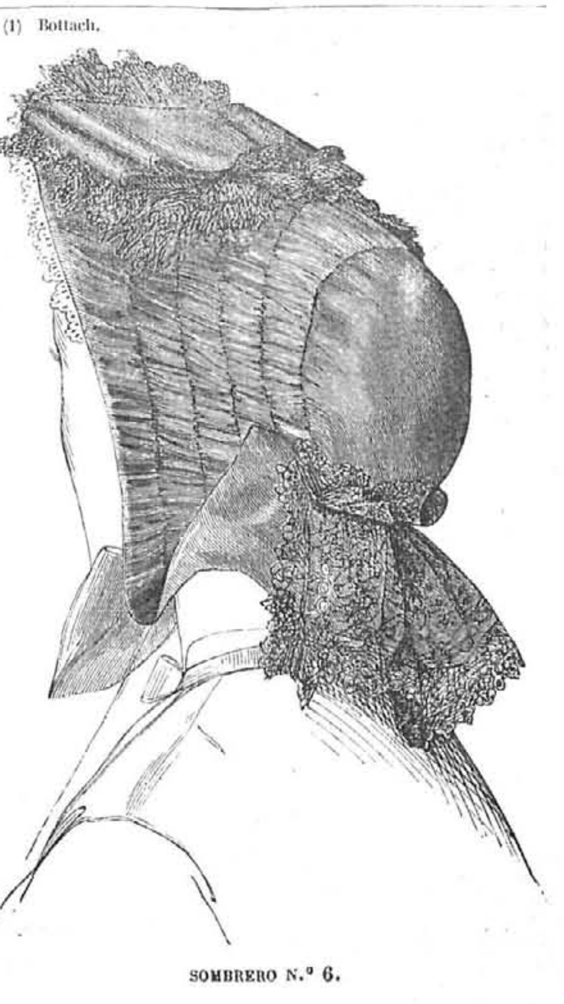
SOMBRERO N.º 4.

Así pues, y como resultado de un natural razonamiento, ¿qué deberíamos nosotros decir tambien si dispuestos como estamos á repasar FAUSTA SOREL, á pensar escribiendo, nos reconocemos desde luego muy distantes de desempeñar nuestra tarea con el brillante acierto del distinguido Presbítero?.. Callar si toda comparacion no fuera odiosa: callar, si abrigáramos pretensiones é hiciéramos uso del tono enfático y severo, propio del crítico: callar y solo callar, en fin, si FAUSTA SOREL fuera una novela de vulgar y escaso mérito.

No vamos, pues, á fijar la mirada en ese libro, ni por distraccion, ni por exámen; para lo primero es él notablemente sábio: para lo segundo somos nosotros enteramente desautorizados. Pero llevados por las impresiones del alma y sus recuerdos, tesoro de ciencia propia, bien estará nuevamente la mirada en el libro y la pluma en nuestra mano:—«una sola flor que se desplegue en ese almo jardin del espíritu, ora sea el lirio de la piedad, ora la rosa del amor, la violeta de la resignacion, la pasionaria, la caridad ó la siempreviva de la esperanza,» (1) basta á nuestro propósito para no desmayar en detallarle. La ciencia puede mucho... pero mas puede el corazon...

FAUSTA SOREL, benévolas lectoras, se presenta tomando parte en el diálogo del capítulo primero,

(1) Bottach.



SOMBRERO N.º 6.

© Biblioteca Nacional de España

siendo poco mas que una niña muy hermosa, pero tambien de aspecto muy pobre y comedido; «un vestido muy usado de alepin negro, un pañolon de tartan oscuro y ordinario y una mantilla de tafetan negro, que cubre su rubia cabeza, con guarniciones de tul liso,» componen todo el lujoso atavío de la pensativa jóven. Caminando á su lado un jóven insípido é indolente, de aquellos que, como dice la autora, tienen los hijos de la grandeza por un *corre, vé, dile*, adelanta paseando por el Retiro en compañía de la sencilla Lia y de Enrique, aristócrata amante de esta.

tos, sin norte, sin un amparo moral que la formara, sin saber siquiera rezar la mas sencilla oracion; y de este modo su corazon dió ancha entrada al odio, á la venganza, y sobre todo, á una refinada hipocresía, la cual ejercita en el decurso de la novela con un cálculo precocísimo.

«En ciertas ocasiones estaba riendo á carcajadas á sus solas, acordándose de algun chiste suyo ó de sus primas, y de súbito probaba á ver si podia arrancar llanto de sus ojos, lo que tras de inauditos esfuerzos conseguia al fin, no dejando sus ensayos hasta llorar verdadera y copiosamente, y con íntima amargura; otras veces lloraba por alguna mortificacion, y poméndose ante un espejo, se complacia en dar á sus bellas facciones una expresion de arrebatadora y loca alegría, lo que conseguia igualmente.» Pero Fausta, aunque llevada siempre de ese odio instintivo á todo lo que fuera superior á ella, se muestra humilde y resignada en su paseo por el Retiro: su sueño de oro era el encumbrarse, el de figurar en el gran mundo, castigando á las damas de la nobleza á quienes tanto envidia, y ejercer el maléfico influjo de su hermosura, de su iracundo carácter al propio tiempo que su candor, en las personas mas queridas por su protectora, en su protectora misma, la indulgente Lia.

Pronto llega á sentir tan grande goce: Lia la hospeda en su mismo palacio, atiende á su equipo, la señala una pension para sus gastos de tocador, la ama... mas no obstante, Fausta Sorel despierta un odio secreto en la condesa Fuenmayor, que solo mira en ella una pobre hija del pueblo, gérmen tal vez de muchos vicios que pueden influir en el corazon de Lia, y una aversion tambien secreta y vehemente en la bella y varonil Laurencia, duquesa de Peña-fiel. La noble condesa de Fuenmayor vé solamente en Fausta una criatura perniciosa y despreciable: Laurencia, la hija del Príncipe de San Marcelo, la *mujer de moda* de Madrid, una rival de soberbia belleza que puede hacer oscurecer su nombre con el atractivo de sus encantos, si gana la confianza de Lia, y de apagar en el corazon de su amante el tranquilo amor que la tributa.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDO DE SEÑORITA JOVEN.—Trage de tafetan sencillo gris claro; lo bajo de la enagua está guarnecido con plegados estrechos recortados por uno y otro lado, fruncidos en medio; dispuestos en sesgo, y cuya guarnicion lleva por arriba y por abajo otro plegado semejante. Mangas anchas, guarnecidas como la enagua. Corpiño liso, adornado con tirantes tambien plegados, y que se unen á un cinturon de cabos largos con igual adorno.

TRAGE DE FULARD, FENDO NEGRO, salpicado de ramitos de rosas.—La guarnicion de la enagua se compone de una primera serie de tres volantes encañonado, de tafetan negro liso, sobre cuya serie corren tres tiras estrechas de terciopelo negro; 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª series, iguales á la 1.ª; esta guarnicion está dispuesta de modo que cubra los dos tercios de la enagua. Mangas anchas, guarnecida por una série de tres volantes. Cinturon de cabos largos y tirantes de tafetan negro. Corpiño montante.

Al quedar huérfana Lia, marquesa de Selva-verde y prometida condesa de Fuenmayor, fué confiada á la tutela del Sr. Sorel, hombre muy honrado, si bien de escaso talento. Lia, no presentada aún en el gran mundo por su corta edad, y aislada en su magnífico palacio, alcanzó al fin de su tutor y de la orgullosa madre de Enrique, traer á su lado á la jóven Fausta, la cual hacia una vida oscura en un pueblecillo de poca importancia, en union de una hermana de Sorel, mujer grosera y material, que tenia en muy poco la buena educacion de su sobrina y aun la de sus propios hijos.

Fausta, sin madre al corto tiempo de su existencia en el mundo, creció abandonada á sus instin-

Asi, y por comun acuerdo de las dos nobles damas se le señala á Fausta un departamento aislado en el palacio, para vivir con su padre, con lo cual y sin arrebatarla á la proteccion de Lia, es separada del lado de este, con rígidas prevenciones para no verla ni tratarla.

Pero la juventud, lectoras, busca con ardiente deseo sus dulces propias impresiones en las impresiones de la juventud: Lia lloraba al ver las humi-

© Biblioteca Nacional de España

llaciones que padecia Fausta ante su futura suegra y su amiga Laurencia, y dando ancha espansion á sus sentimientos, la atrae á sí por medio de una bondad creciente, para brindarla su amistad y sus afectos. La hipócrita doncella corresponde á estas deferencias, hijas del noble corazon de Lia, con la timidez é infantil expresion de la inocencia, ganando terreno de un modo asombroso, no solo en el cariño, sino hasta en la familiaridad de su jóven bienhechora.

Fausta gozaba viendo cercanos los resultados de su cálculo sagaz é infame: contaba ya con la sincera amistad de Lia, y lo que era aun mucho mas para ella, con el loco amor, del amante de Laurencia, porque Teodoro, hijo del duque de Valle-umbrio, sintiendo crecer dentro su pecho una pasion devoradora por la hermosa Fausta, la escribe al fin ofreciéndola su amor y su nombre. Fausta á su vez, ahogando su corazon la alegria, responde al duque haciéndole presente su humilde origen: quiere acceder á su ruego, pero la modestia cierra sus labios, ó mejor dicho, detiene su pluma. Laurencia conoce y sabe el nuevo amor de su amante; y herida en su orgullo, encerrando en su alma un mundo de pesares y de rencores, oculta sin embargo la horrible tempestad de su corazon, con el afan de una sola esperanza: la esperanza de vengarse.

En el momento de abrumarla el desengaño, la triste Laurencia abre sus ricos salones á toda la nobleza de la corte: á esa misma nobleza que desgarra su honra con la acerada punta de su lengua y con los ojos de la envidia: á esa nobleza misma, que se apresta á pisar las alfombras de su palacio, solo por ser el palacio de una mujer de moda, hermosa y rica.... Laurencia hubo prometido á Lia celebrar su cumpleaños con un gran baile y llegó al fin el cumplimiento de su promesa.

La hija de Sorel tembló de envidia al saberlo: se irritaba solo de pensar no concurriria á él, y su alma de fuego dió imágenes infernales á sus deseos de venganza... Pero la inocente Lia ahuyentó por completo tan horribles visiones: hizo llevar al cuarto de Fausta una primorosa y abultada caja, la cual encerraba en su fondo un vestido de baile: la induce á ponerse muy hermosa para asistir con ella á la fiesta, y Fausta tuvo que valerse del inmenso imperio que tenia sobre sí misma, para no prorumpir en un grito penetrante de loca alegría, al contemplar sus galas desunidas: repasaba con inquieta mirada ya un precioso vestido de seda blanco, cubierto por una túnica de gasa, blanca tambien, y adornado con ramas de jazmin; ya unos zapatitos de raso blanco, con lazos de blonda; ora una graciosa diadema de jazmines, ora un pañuelo ó un abanico, en fin, de nácar y pluma blanca. Fausta, por último, asiste con Lia al gran baile de la duquesa de Peñafiel; pero no bien pisa aquella los jardines del palacio, es arrojada por la noble Laurencia de su casa, asombrada por otra parte de la extraña confianza que se permite Lia con presentarle á su odiosa rival.

Desde este momento, todas las escenas sucesivas se multiplican en interés: Teodoro se presenta de improviso para acompañar á Fausta, al ser despedida tan severamente: Lia rompe su amistad con la duquesa, por el ultrage que recibe en su amiga: Laurencia manda cerrar sus salones y se retira á una vida oscura, arrastrando tras de sí la murmuracion, para pensar exclusivamente en resarcir su afrenta.

Pero Fausta, lectores, esa criatura que con sus fatales dotes dá miedo al corazon: esa encarnacion de Satanás, y como Satanás, hipócrita, candorosa, soberbia, humilde, mujer de hielo y fuego á la vez, segun conviene á sus planes.... estaba hundida en el vicio desde muy corta edad: quince años tendria cuando contrajo relaciones amorosas, entonces en el pueblo, con un gallardo sargento de caballería, el cual la sigue como la sombra al cuerpo, como la conciencia del delito al criminal... Así pues, Fausta convierte á su amante en instrumento eficaz de sus rencores, al saber que el anciano duque de Valle-umbrío, violentamente indignado contra su hijo Teodoro, deshereda á este de su título y riquezas, si se atreve á deshonrar sus canas enlazándose con Fausta. Mauricio, pues, que tal es el nombre del enamorado sargento, recibe una órden de su amada para obviar tan grande contratiempo: órden que no puede dejar de cumplir, porque Fausta, que ejerce sobre él una poderosísima influencia, le amenaza con la muerte, si no hace morir instantáneamente con el veneno al duque de Valle-umbrío. Mauricio llena su mision; y en la propia hora que se hallaba cadáver en el salon principal de su palacio el anciano duque, guardado por cuatro lacayo vestidos de gran gala, Fausta y Teodoro, Lia y Enrique, celebran sus desposorios en el oratorio del palacio de Selvaverde....

(*Se concluirá.*)

SERVANDO MARASSI Y GRANADOS.

—5—

LA VIRGEN DE LAS LILAS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora Doña Maria del Pilar Sinués de Márco.

(Continuacion).

Estas reflexiones, pasaron por la mente de Magdalena, con la rapidez del rayo.

Su hermana continuó, dirijiéndose á la camarera:

—Silvina, dí á Irene, que para las cinco me prepare un trage de montar: venga ó no el conde saldré á esa hora.

Magdalena miró á su hermana con doloroso asombro: apenas le parecia posible que pensara en salir á paseo, un mes despues de haber muerto su padre.

Clara, mas sombriamente preocupada que ella, le hizo una seña para que la siguiese, en tanto que la camarera se retiraba despues de saludarla.

—Voy á presentarte á mi marido, dijo Clara abriendo las puertas de un elegante aposento, amueblado con severa sencillez, y cuyas paredes decoraban soberbios cuadros de caza y guerra.

En un ancho sillon y leyendo con indolencia se hallaba el marqués.

Al ver á su esposa acompañada de una jóven á quien tomó desde luego por su hermana, se levantó con precipitacion, y dió algunos pasos para recibirlas.

Era un hombre de treinta y seis á treinta y ocho años, alto y un poco grueso, su semblante noble, lo parecia mas á causa de las grandes entradas de sus sienes casi destituidas de cabellos.

Extraño contraste hacia el color algo subido de su cara, redonda y agradable, que anunciaba el reposo y la aficion al positivismo, con la apasionada y casi inspirada expresion de sus grandes ojos pardos, cuya mirada tenia una lijera inflexion hácia el cielo como la de los mártires romanos: sus labios risueños y movibles cuando estaba callado, se desplegaban con una sonrisa triste al hablarle de felicidad: mas el conjunto de su fisonomia presentaba tanta bondad y sencillez, que Magdalena alzó hasta él llena de confianza sus grandes ojos, que habia bajado tímidamente al suelo.

—Pablo, dijo la marquesa á su marido, acabo de llegar con mi hermana y vengo á presentártela.

—Señorita, repuso el marqués con una cortesía llena de sencillez y de cordialidad: mi casa adquirirá para mi desde hoy un encanto nuevo, puesto que va V. á llamarla suya: fui el mas grande admirador de las virtudes de su padre de V. el coronel Miranda, y aunque sus opiniones políticas le impidieron siempre mirarme como á hijo, jamás dejo yo de recordarle como á un padre á quien se ama y se respeta igualmente.

—Gracias por esas palabras, señor marqués, respondió Magdalena, conmovida profundamente de la delicadeza con que el marqués habia evocado el recuerdo de su padre para ofrecerle un asilo en su casa: en medio del dolor que experimento en mi orfandad tendré por el mas grande de los consuelos vivir bajo el generoso amparo de mi hermana y de su esposo.

El marqués se inclinó y luego preguntó á su mujer:

—¿Sales esta tarde?

—Sí, contestó Clara friamente: voy á dar un paseo á caballo.

El marqués hizo un movimiento de enojo: pero dominándose por un poderoso esfuerzo de voluntad, dijo á su mujer con acento afectuoso y triste:

—Me parece Clara que el género de vida que llevas afecta á tu salud: enflaqueces por dias... estás pálida, ojerosa... quizá el reposo te haria bien.

—Probaré á tenerle para complacerte, repuso la marquesa con una expresion que desmentia sus palabras: pero hoy estoy comprometida con la señora de Ossorio, y no puedo faltarle.

—¿Quién os acompaña?

—Todavia no sé, respondió la marquesa, esquivando la penetrante mirada con que su marido acompañó la anterior pregunta: presumo que serán algunos amigos de Julia.

Luego tomó de la mano á Magdalena y salió del cuarto de su marido que las acompañó hasta la puerta.

Las dos hermanas volvieron á atravesar los mismos aposentos que habian cruzado, y volviendo á la derecha se hallaron en una antesala separada del todo del resto de la casa.

En aquella antesala habia varias puertas; la marquesa tocó á una ligeramente, y vino á abrir una de sus camareras.

Era de la edad de Magdalena, y la mas linda de todas las que componian la servidumbre de la marquesa, como si esta, en la comparacion de la belleza, hubiera querido quitar toda la ventaja á su pobre hermana.

—Rita queda desde hoy dedicada á tu servicio, querida Magdalena, dijo la marquesa, con aquel tono acre y helado, que procede casi siempre de las heridas del alma; dispon de ella, y de tu tiempo por toda la tarde de hoy: á las nueve baja al salon, vestida con el trage que van á traerte dentro de una hora: recibo de confianza, y deseo verte á mi lado.

Dichas estas palabras, Clara sin abrazar á su hermana, sin hacerle un signo de afecto, desapareció detrás de la cortina de seda que cubria la puerta, y que Rita levantó para que pasara con obsequiosa deferencia.

Magdalena, aflijida con la helada cortesía de su hermana, y sintiéndose el corazon oprimido por un vago terror, se sentó maquinalmente en una silla haciendo un esfuerzo violento para contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Rita á un lado y en pié, la miraba con burlona y cáustica sonrisa: el pobre trage de Magdalena, y su sencillo peinado le parecian tan extraños, comparados con su vestido de seda de color de rosa, y con su canesú de encage, que apenas acertaba á darse cuenta el por qué la hermana de su opulenta señora venia vestida de aquel modo.

Sabia, es verdad, que Clara, hija de un honrado y benemérito militar, se habia casado muy á disgusto de su padre con el marqués de Albareal; sabia tambien que la marquesa no podia ver á su padre, por espresa prohibiciones de este, y que tampoco habia sentido grandes penas por esta privacion: pero ignoraba completamente en qué situacion vivian el coronel Miranda y su otra hija, y que esta era tres años hacia, una pobre modista de portal.

No sabrémos si las suposiciones de Rita rebajaban aun á Magdalena, mas allá de su verdadero oficio: pero es lo cierto que, despues de haber contemplado un buen rato á su sabor á su nueva señora, se determinó á toser suavemente, con el fin de llamarle la atencion.

En efecto, aquella tosecilla afectada hizo volver en sí á Magdalena, que salió de su penosa distraccion y volvió la cabeza.

—¿Quiere la señorita que la peine? preguntó Rita acercándose á ella con respeto.

—Gracias... deseo estar un rato sola, respondió la jóven: yo llamaré.

Rita se mordió sus delgados labios para disimular una nueva sonrisa, y salió, cerrando tras sí la puerta.

VI.

Magdalena, al verse sola, cedió á un movimiento de curiosidad muy disimulable en su edad, y recorrió su habitacion con una mirada de interés.

Hallábase en una salita cuadrada, amueblada con virginal sencillez, pero con exquisito buen gusto.

Las paredes estaban tapizadas de una tela de seda de color de lila claro, con lunarcitos en relieve: de la misma tela estaban cubiertos los asientos, que se reducian á un divan circular, con almohadones para respaldarse y á cuatro pequeños sillones, repartidos sin órden por la estancia.

Una mesa grande de tablero dorado sostenia una estátua de Diana, de mármol blanco, representando á la diosa en trage de cazadora y rodeada de tres perros.

Aquel grupo respiraba una belleza, un idealismo, una pureza admirables, reemplazando con gran ventaja la prosaica y gastada moda de los espejos.

La diosa vuelta, parecia mirar al cielo como buscando en él su mansion: los lebreles, la miraban á ella, sumisos y llenos de cariño y de pena, como si temieran que pudiese abandonarlos.

Del techo vestido de la misma tela que las paredes pendia una lámpara blanca de cristal, rodeada y adornada con algunas ramas de lilas.

Magdalena llena de gozo, al ver sus flores favoritas, se preguntó á sí misma, si su hermana sabiendo su aficion á estas flores, habia querido complacerla, ó si solo á la casualidad debia el encontrarlas allí: pero no pudo darse una respuesta, y esperó á que el tiempo le contestase, continuando el exámen de su habitacion.

En medio de la sala, y sobre un velador maqueado, habia un jarro de porcelana blanca, con lijeros filetes dorados que contenia solamente una rama de azucenas, las que esparcian un aroma delicioso y embriagador.

Frente á la puerta de entrada, cubierta como el balcon, con cortinas de seda de una tela igual á la que cubria las paredes y los muebles, se hallaba la alcoba, sostenida por delgadas columnas, y cerrada á medias por cortinas.

La alcoba estaba forrada de seda color rosa, bajo: en medio de ella, una pequeña cama de acero, con remates de bronce, lucia toda la frescura y gracia de sus pabellones gasa, forrados tambien de seda rosa y recogidos con lazos flotantes de cinta del mismo color.

Del techo pendia una lámpara de cristal, que figuraba una rosa, rodeada de follage verde claro, y sostenida por una cadena de plata.

Dentro de la alcoba, estaba el cuarto de tocador, y dentro de este, el del baño.

En toda la habitacion no habia mas que un solo cuadro colgado sobre el divan que circuia la primera sala, y que casi tocaba al techo: era un paisage de gran mérito, alumbrado por los últimos rayos del sol poniente.

© Biblioteca Nacional de España

Magdalena abrió el balcon, y vió con gran placer suyo, que caia á un jardin vecino: grandes árboles crecian en él, y entre ellos creyó ver Magdalena á una mujer que se paseaba con un libro en la mano.

Aquel jardin estaba cerrado por una verja de hierro, que daba á un camino real: á trevés de ella se veian pasear algunas gentes, y jugar algunos niños.

Magdalena permaneció allí, hasta que el ruido que se percibia en el interior de la casa le avisó, de que habian venido gente de fuera con el objeto sin duda de acompañar á su hermana en su paseo.

Ya iba á retirarse del balcon, cuando oyó hablar en el jardin vecino: volvióse, y vió entre los árboles, una escalinata de piedra en la cual, y al parecer dirigiéndose á una persona situada en lo alto de ella, hablaba un hombre de hermosa figura, y vestido con elegante sencillez.

Al ver á aquel hombre, se estremeció Magdalena: no podia columbrar su semblante por hallarse vuelto de espalda: pero el aire todo de su figura le recordaba demasiado al importuno que pasaba sin cesar por delante de su tiendecilla, rodeándola de tan injusta y constante persecucion.

Era alto y de estatura esbelta: sus cabellos negros, se rizaban bajo un sombrero redondo de paja: un pantalon claro y una americana negra, completaban su trage, al que daban aun mas apariencia de estar dispuesto para un paseo ecuestre, el látigo con puño de oro que tenia en la mano.

Acabó su razonamiento con la persona oculta, y luego se dirigió rápidamente hácia el sitio en que habia creido Magdalena columbrar una mujer leyendo.

Era en efecto así: la figura que antes se habia presentado vaga y como perdida entre los árboles, se aproximó algunos pasos para salir al encuentro del caballero y entonces la jóven pudo ver á una señora que contaria unos cuarenta y seis años de edad y que efectivamente tenia en la mano un pequeño volúmen de las ediciones de Skespeare.

Ámbos salieron de la calle de árboles y se dirigieron hácia la escalinata; entonces pudo ver Magdalena el bello grupo que formaban la madre y el hijo, pues no podian dejar de serlo, á juzgar por la vaga semejanza, á que damos el nombre *de aire de familia*.

Vestia aquella dama, un sencillo trage de seda oscuro, con vuelos y cuello de encage blanco: sus cabellos, que eran muy abundantes, aun á pesar de estar ya cubiertos con un velo gris, estaban peinados con mucha elegancia y sencillez.

Dirigióse con su hijo á la escalinata, y desaparecieron ámbos por ella.

Poco despues Magdalena vió pasar á través de la reja del camino una cabalgata: iban en ella dos señoras y algunos caballeros: en la alta estatura y en el enlutado trage de una de ellas, Magdalena reconoció á su hermana.

Aun permaneció allí la jóven algunos instantes: el cielo y la soledad de aquel extenso jardin la atraian: pero, al ver que iba cayendo la tarde, agitó el cordon de la campanilla.

Rita entró, trayendo con cuidado un precioso trage de luto, de barés negro guarnecido de lazos de cinta.

—¿Quiere la señorita que la peine y la vista? preguntó dejando el vestido sobre el divan.

—Sí, respondió la jóven lanzando un suspiro, al pensar que iba á dejar el pobre vestido, con el cual vivia al lado de su padre.

Pasando luego al tocador, se sentó delante del espejo de cuerpo entero.

Rita desató los magníficos cabellos de Magdalena, y soltó al verlos una exclamacion de asombro.

—¿Que sucede? preguntó la inocente niña volviéndose hácia la astuta camarera.

—¡Ay, señorita! ¿qué ha de ser? respondió esta: que jamás he visto cabellera mas soberbia! qué abundante! qué fina! y sobre todo, qué admirable color tiene!

Magdalena volvió á mirar á Rita con mayor asombro: ella creia que en su cabello no habia nada de particular pues las cabelleras abundantes, son casi siempre el patrimonio de la poca edad.

—Soy muy dichosa, señorita, continuó la camarera, en tener que servir á una persona tan bella, como V.: así luce una mejor si tiene alguna habilidad para peinar y vestir, y estoy segura de que V. ha de quedar satisfecha de la mia.

Rita queria ganarse el corazon de la jóven, con esta adulacion insinuante: pero al mismo tiempo que hablaba, comparaba en el espejo su gracioso rostro, animado y moreno, con las lánguidas facciones de Magdalena, y se daba sonriendo toda la ventaja.

Sin embargo, su obra vino á confirmar sus pretensiones de habilidad: dos horas de martirio sufrió Magdalena entre sus manos: pero al cabo de este tiempo, ni su mismo padre, que hubiera levantado la cabeza de su tumba, la hubiera reconocido; tanta era la elegancia de su peinado y de su trage arreglados á la moda mas rigorosa.

Ella, sin embargo, se encontró recargada, y sintió en sí, cierto malestar indefinible: y era que aquella pura y virginal naturaleza se rebelaba contra las artísticas afectaciones de que son esclavas todas las mujeres.

Incapaz de sostener conversacion con Rita ni de divertirse con su charla, la despidió y volvió á quedarse sola: entonces buscó un libro, como se busca un consuelo, y no le halló; abrió la puerta de su cuarto, para ver si encontraba un piano, ese amigo de las horas solitarias, y tampoco pudo hallarle: habia en torno suyo lujo y hasta buen gusto; pero el sentimiento habia desaparecido, y la ternura del alma se extinguia allí, como se extingue el canto de un pájaro, que solo puede vivir en la region del viento, y al cual se le encierra en una jaula situada siempre á la sombra.

(Se continuará.)

—4—

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Hace cuarenta y cinco años que un matrimonio lleno de hijos y de honradez vivia en un pueblecito de uno de estos valles, cuyo nombre me permitireis omitir. Los hijos eran seis, todos varones y todos idólatras de sus padres que les daban ejemplos inapreciables de virtud y de caridad evangélicas. Ningun pobre pisaba el umbral de aquella casa sin que fuese socorrido y consolado.

Las bendiciones del cielo descendian como una lluvia de oro sobre los campos y las frentes venerables de aquellos labradores. Dios remuneraba sus buenas acciones concediéndoles ciento por uno.

El mayor de los hijos se llamaba Roman. Era un jóven de veintitres años, ágil, robusto, de alta estatura y de agradable presencia. Ninguno le aventajaba en la carrera, ni en lanzar á mayor distancia una barra de hierro, ni podia vencerlo en el juego de pelota. Solo un jóven que se llamaba Santiago y que era su mas íntimo y querido amigo, rivalizaba con él en esos ejercicios que vigorizan el cuerpo y sustraen la mente de pensamientos ociosos.

Roman y Santiago eran inseparables; se habian criado juntos hasta la edad de diez y seis años, época en que el segundo tuvo que hacer un viaje á Cataluña para recojer cierta herencia que le habia dejado un tio suyo. Santiago permaneció en Barcelona cinco años, durante los cuales perfeccionó su educacion y adquirió ciertos hábitos de buena sociedad. Despues fué á Paris con objeto de ver esta gran ciudad, y al cabo volvió á establecerse en su pueblo. Cuando esto sucedió Santiago estaba desconocido. Su trage, sus ademanes, su modo de expresarse se diferenciaban ya en mucho de la natural rudeza que tenia Roman, el cual no habia salido jamás de su país. Esto no impidió, sin embargo, que ámbos jóvenes volviesen á unirse y á quererse fraternalmente. Si antes habian sido inseparables despues lo fueron mucho mas.

Pero el enemigo malo se mostró envidioso de la felicidad de los dos antiguos camaradas. Ámbos pusieron sus ojos al mismo tiempo en una jóven de espléndida y soberana hermosura cuyo origen bastardo no era un misterio para nadie. Roman y Santiago habian ido apasionándose de ella sin darse cuenta á sí mismos del estado alarmante de su corazon. Como el amor que nace y se sustenta con la íntima proximidad del objeto amado, suele permanecer indeciso y oculto hasta que las contrariedades le ponen en evidencia, sucedió que ámbos amigos, acostumbrados como estaban á ver todos los dias y á cada instante al objeto de su entrañable culto, pudieron muy bien confundir y desconocer sus afectos, hasta el punto de no considerarse rivales, sin embargo de que eran ciegos adoradores de un mismo idolo, á quien habian ofrecido en holocausto, su corazon y su libertad.

De todas maneras, las escursiones y los largos paseos que ámbos daban juntos con tanta frecuencia, se fueron haciendo mas raros y mas intercadentes. Santiago esquivó alguna vez la compañía de su querido Roman con el solo objeto de visitar á la jóven cuya presencia le era tan grata y tan anhelada. Y como Roman hacia otro tanto, aunque sin intencion de ofender á su amigo, sucedia en muchas ocasiones que faltando ámbos á la cita de costumbre, corrian puntualmente á reunirse en casa de Celsa. (Este era el nombre de la muchacha.)

Una vez allí, los dos jóvenes hablaban con ella de mil cosas tan alegres como pueriles y hasta solian ir juntos los tres á dar un paseo por los pequeños huertos vecinos. A la caida de la tarde, uno y otro, es decir, Roman y Santiago, se retiraban asidos del brazo hablando de ella como si lo hiciesen de una hermana querida de ámbos. La envidia y los celos eran todavía plantas exóticas para sus corazones rectos y generosos.

Nada os he dicho todavía del objeto que daba orígen á sus desvelos, y voy á ver si puedo describirosle acercándome á la verdad. Celsa, la hermosa Celsa, era una gentil doncella de diez y siete á diez y ocho años, cuyo conjunto armónico y perfectamente acabado hubiera podido servir de modelo al mas exigente y concienzudo escultor. Las formas esbeltas y elegantes de su cuerpo, lo airoso de su talle, su ebúrneo seno y sus hombros redondos, blancos y torneados hubieran causado envidia á las mejores estatuas del mundo y á las deidades fabulosas de la mitologia, si estas hubiesen existido y aquellas hubiesen tenido inteligencia y razon para sentir y juzgar.

Pero lo que mas admiraba en aquella jóven eran los gallardos contornos de su cabeza, digna por su graciosa esbeltez de ostentar la corona de la hermosura. Figuraos que su rostro era un óvalo perfecto, su nariz recta y bien configurada, su boca pequeña; sus ojos rasgados brillantes y expresivos; sus cejas delineadas con precision y destacándose en delicada curvatura: figuraos, repito, que su frente tersa y espaciosa se alzaba magestuosamente; que su garganta parecia de marfil labrado á torno y que sus cabellos de color de azabache se rizaban en derredor de sus sienes y caian en abultadas trenzas ó en hermosos bucles sobre sus hombros y sus espaldas; haceos, digo, todas estas suposiciones, y sin embargo no habreis formado una idea exacta de aquella beldad que en nada pondero. Era necesario ver la chispeante mirada de sus negros ojos, la seductora sonrisa de sus labios y la expresion animada de aquel alabastrino rostro para formar un retrato de la que en vano os pretendo bosquejar.

Celsa, como todas las mujeres que se hallan en su caso, tenia la conciencia de su propia hermosura y solia estimarla por mas que procurase aparentar lo contrario. Vestia con suma naturalidad y su trage se diferenciaba no obstante de los que usaban sus amigas y compañeras. Respecto á su tocado en vez de seguir las laboriosas exigencias de la moda y de imitar á nadie, solia llevarlo de capricho, ya colocando una flor sobre sus abundosos cabellos ó ya escojiendo un adorno sencillo y elegante. De este modo su belleza se hacia mucho mas peregrina y seductora. ¡Ojalá que su alma hubiese estado en armonía con su cuerpo.

Creo haber indicado antes que esta jóven tenia un origen bastardo. Todo el mundo sabia que la mujer del albeitar de aquel pueblo habia residido en Zaragoza y que una vez recibió en esta ciudad el encargo de consagrar sus cuidados á la crianza y educacion de Celsa, mediante una pequeña retribucion que le seria satisfecha puntualmente todos los años. Así sucedió en efecto, y los padres adoptivos de la jóven que se retiraron al valle y al pueblo en que residian las familias de Roman y de Santiago, creyeron que no tenian necesidad de ocultar los pormenores que dejo apuntados. Lo único que jamás quisieron ó pudieron declarar, porque acaso no lo sabian, eran los nombres, calidad y circunstancias de los padres de aquella preciosa niña puesta, Dios sabe hasta cuando, bajo su inmediata custodia.

Todos los años y casi siempre en una misma época, solia llegar al pueblo un hombre de edad provecta y rostro bondadoso que despues de preguntar por la salud de la niña y de estampar un ósculo en su frente virginal, solia encerrarse con el veterinario dándole algunas ligeras instrucciones y una pequeña bolsa con unas cuantas monedas de oro. La pension no era para enriquecer á nadie.

Pero los padres adoptivos de Celsa estaban encantados, mas cada dia de la angelical hermosura de su pupila que, sin saber como, se iba dosarrollando de una manera maravillosa. Tenian cifrado todo su orgullo en aquel rico tesoro y no lo hubieran cambiado por todos los que la tierra y los mares ocultan en su seno.

Si el excesivo y exajerado cariño que la profesaban fué ó no bastante para torcer y malear su innata condicion, cosa es que no me atreveré á decidirla. La hermosa doncella, se convirtió poco á poco en mujer, y nadie, absolutamente nadie, le fué á la mano en sus gustos é inclinaciones. Primeramente se mostró veleidosa y antojadiza. Despues la altanería, la ambicion y el orgullo avasallaron por completo su alma, siendo causa de las desgracias que mas tarde acarreó sobre ella misma y sobre aquellos que la amaban con todo su corazon.

Pero no adelantemos los sucesos. Momento vendrá en que al oir su relato llegueis á conmoveros y á sentir lástima y espanto á la vez.

Roman y Santiago estaban ciegos de amor y apenas conocian los defectos de la jóven. Pareciales que la frivolidad y la inconsecuencia de que adolecia, eran motivadas por la natural viveza de los pocos años. Respecto al orgullo que ya se hallaba impreso sobre su frente altanera, lo creian tan legítimo que apenas les chocaba. ¿Cómo no habia de estar orgullosa de sí misma cuando ellos lo estaban con solo contemplarla y quererla?

El tiempo se pasaba entretanto: los dias, las semanas y los meses trascurrian para nuestros jóvenes con tanta velocidad que apenas notaban, segun llevo dicho, el fuego que el amor encendia en sus corazones. Particularmente Roman, sentia dentro del suyo la inmensa hoguera que mas tarde le habia de devorar y consumir.

© Biblioteca Nacional de España

Por las noches volvia el pobre mozo á su casa, donde sus padres sentados al amor de la lumbre y rodeados de sus otros hijos, solian dirigirle inquietas miradas y alguna que otra pregunta. ¿Qué tienes, hijo? le decia su madre con la mas viva solicitud; y como él callaba casi siempre, todos se entristecian y á su vez guardaban silencio.

De este modo comenzó á desbaratarse la felicidad de aquella familia. Siempre ha sido la tristeza ocasionada al contagio, y en aquella ocasion lo fué de una manera demasiado cumplida. No hay que decir que la madre de Roman fué la primera que se contagió.

Hubo un dia sin embargo, en que las frentes de los individuos de aquella familia parecieron iluminarse como por encanto por un rayo espléndido de esperanza y de completa ventura. La buena Marta, que así se llamaba la madre de Roman, logró poner los dedos en la llaga de su hijo, adivinando y haciéndole comprender que estaba enamorado de Celsa. Una vez conseguido esto, convinieron en que era indispensable pedir con toda solemnidad la mano de la jóven, que indudablemente no tendria reparo en admitir por esposo al arrogante mancebo. Marta, con el orgullo de todas las madres, juró y perjuró que Roman era digno de una reina, que ninguna mujer, por necia y caprichosa que fuese, tendria el malditísimo gusto de negarle su amorosa correspondencia, y que por lo tanto podia contarse desde luego con la completa aquiescencia de la jóven, detrás de la cual vendria todo lo demás que se deseaba.

Discutido este punto, se trató de los bienes que Roman podia ofrecer á la novia. No eran muchos; pero esto estaba compensado con el desinterés que demostraban aquellas buenas almas, resueltas á exijir que la jóven solo trajese al matrimonio la ropa que tuviese puesta en el acto de ser conducida al altar.

Se dejó para lo último la eleccion del dia en que los padres de Roman debian pasar á casa del veterinario para demandarle la mano de Celsa. Era un jueves por la noche y se acordó diferirlo para el próximo domingo. Roman debia abstenerse de ir á casa de su amada para evitar que sus ojos revelasen los proyectos felices que atesoraba su corazon.

(*Se continuará.*)

Continuando la reseña de las funciones ejecutadas, corresponde hoy decir en primer término algo de *El tejado de vidrio*, produccion, ya aquí bastante conocida, y de la que, por tanto, nos hemos ocupado con detenimiento en sazon oportuna. Esta circunstancia nos fuerza á limitar nuestras observaciones respecto á su carácter literario; pero respecto á la manera con que ahora ha sido ejecutada podremos estendernos algo mas.

El autor ha querido demostrarnos que el hombre casado no debe tender acechanzas á la mujer agena, porque está muy espuesto á ser victima de las consecuencias de sus mismos principios: su mujer es pues el tejado de vidrio que le impide el arrojar piedras al del vecino, y hasta aquí parece que en el pensamiento lo que hubiera que tachar seria el haber sustituido el poder del miedo á la fuerza del deber. El protagonista desdeña soberanamente á su mujer mientras la vé virtuosa y amante, la busca cuando la juzga infiel y culpable. Es natural que mas de cuatro esposas saquen de aquí consecuencias un poco fuertes, pero muy lógicas por otra parte. Ahora bien, este marido, que hace gala de tener cátedra abierta de seduccion y libertinage, ¿no comprende que es una insigne torpeza el enamorar á la amiga intima de su esposa, tanto mas cuanto que aquella ignora el lazo secreto que une á esta con su amante? ¿Cómo es posible que tal maestro no prevea lo que al cabo sucede, porque no puede menos de suceder?

Nos gustan poco las terminaciones trágicas; pero cuando un autor nos ha presentado un tipo tan repugnante, tan infame; cuando nos pone á la vista un hombre casado, que principia por confesar que su matrimonio fué la mas insigne torpeza de su vida, un hombre que seduce á la esposa de su mejor amigo, á la mejor amiga de su mujer, que corrompe criados, que pervierte jóvenes, ese autor no tiene mas remedio que matar de un pistoletazo á ese monstruo que así subleva todos los sentimientos de moral pública, y que así infesta la sociedad en que vive. El que destruye la felicidad de un hombre honrado, el que mata el honor de una mujer, y todo eso traidora y premeditadamente, con villanía, sin remordimiento, no es menos culpable que el que asesina en una encrucijada, y no es bien que el poéta dramático sea menos severo de lo que lo es la ley.

Sin embargo, aquí el vil seductor vuelve tranquilo y satisfecho á los brazos de su esposa; pero si vuelve es para impedir que consume su fuga con un galan y para evitar la saña de un ofendido esposo, y este, que ha estado en ridículo desde el principio, continúa en ridículo hasta el fin, porque se traga buenamente aquel embrollo, que en rigor no le esplica las preocupaciones de su esposa, ni las señaladas muestras de desvio que con razon viene observando en ella de algun tiempo á entonces.

A nosotros nos repugnan mujeres de la especie de esta última así en la escena como en el mundo, por mas que hoy estén muy de moda en los teatros. Esas esposas que hacen como que luchan, que se dejan seducir con la mejor disposicion del mundo por el primero que llega, que abrigan hondas pasiones para todo el mundo, con la sola exclusion de sus maridos, que se hacen las interesantes lloriqueando, que ruegan taimadamente á sus amantes que tengan piedad de ellas, porque no se resistirán si insisten, nos hacen daño, porque temblamos por la sociedad. Queremos ver en la esposa esa dignidad, esa incontrastable fuerza del deber y del decoro que guarda incólume la honra de su esposo y su propia honra. Esta es la mujer de nuestra civilizacion, la mujer que merece ser libre: mujeres de tal fragilidad darian buena razon al turco, que para precaver semejantes daños la tiene encerrada en un haren.

Por estas razones sin duda, el público, al estrenarse esta obra algun tiempo ha, la recibió con señales de disgusto. ¿Porqué ahora nó? Eso, en nuestro concepto, se explica por la manera con que ha sido ejecutada pocas noches hace.

El Sr. Arjona, con su superior talento, conoció las dificultades, y al arrostrarlas previno el modo de vencerlas, ó si se quiere de eludirlas. Procuró no realzar ciertas escenas aventuradas, pasó como por sobre ascuas al presentar ciertas situaciones, y puso todo su conato en fijar la atencion del público en aquellas otras escenas y situaciones en que resaltan sanas doctrinas, y en las que el seductor aparece arrepentido y humillado. Merced á esta hábil ejecucion, el éxito fué satisfactorio, y lo que es mas, fué inesperado. Todos los artistas que en aquella tomaron parte interpretaron maestramente sus papeles.

Hase ejecutado despues una comedia con el título de *Los molinos de viento*, la cual descubre á la legua su orígen francés. Es una comedia que quiere parecerse á *La camaraderie* de Scribe, y, como ella, se propone desenvolver cierta serie de intrigas puestas en juego para obtener un alto cargo público. Hay allí un prentendiente á cualquier cosa, que llega de su provincia fiando en la fuerza de sus incansables piernas, en su imperturbable osadía y en la cooperacion que cree le prestaran algunos amigos de posicion y favor. Hay allí una mujer que, contra toda la voluntad de su marido, se ha propuesto alcanzarle un alto destino, destino que él para nada necesita; pero que ella ha menester para satisfacer su ambicion, ó mejor dicho, su vanidad. Entre sus compañeras de colejio las hay generalas, senadoras, consejeras de estado, superintendentas, y hasta grandes cruces de Cárlos 3.°, ella no tiene siquiera un triste usía, ni su marido un mal uniforme bordado; es preciso, pues, hacerse, por lo menos, gobernadora de una provincia. Pero el pariente provinciano tiene las mismas aspiraciones, y el esposo, en vez de ayudar á su mujer, favorece de oculto la pretension del otro, ya con revelaciones, ya con cartas de recomendacion para él, y que trasmite á su rival. Al cabo, y con el fin de alejar á un tercero, de quien su mujer quiere que tenga celos, el marido se decide á trabajar por este último, que es el nombrado gobernador, y que tenia ya méritos para ello, puesto que habia sido secretario de un gobierno.

Cuatro dichos oportunos y cuatro rasgos ingeniosos, que rara vez faltan en las comedias francesas, no bastan á sacar á esta de muy mediana; porque de todas aquellas intrigas, las unas son pobres, y las otras han sido ya muy trilladas por cuantos han escrito en este dificilísimo é ingrato género. Sin embargo, como la comedia fué muy bien desempeñada, pasó sin dificultad.

Continuarémos otro dia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin de modas iluminado.

Trage de fular color de ceniza de rosas, con rayas negras atravesadas. Lo bajo de la enagua está guarnecido por una greca de terciopelo negro de 3 centímetros de alto; por uno y otro lado de ella, y siguiendo sus contornos, corre una tirita de terciopelo de menos de un centímetro de ancho; corpiño liso, cerrado con botones del mismo terciopelo. En cada delantero de él hay otra greca semejante, pero hecha con terciopelo mas estrecho; mangas abiertas por un lado, sujetas al brazo por un doble boton de terciopelo; la abertura pasa mas allá del codo, y se detiene á 12 ó 15 centímetros de la sisa; una greca rodea la manga y la abertura; al través de esta última pasa la manga interior; el puño de ella es semiancho, y cubierto con un rizado compuesto de cuatro tiras de guipur blanco de un centímetro de ancho. Manteleta terciada de tafetan negro, bordado al crochet con seda negra, y y guarnecido con un ancho encage de Chantilly.

Trage de granadina de lana color de malva, salpicado de dibujos del mismo color, pero mas oscuro. Lo bajo de la enagua está guarnecido con 5 volantes encañonados (el último con cabeza) cubriendo un espacio de 20 centímetros. Gaban corto de cachemira gris, adornado con bordados de seda negra. Sombrero redondo de paja blanca, guarnecido con una gran pluma negra, y otra pequeña encarnada.

Advertencia á los Sres. Suscritores de América.

El presente número es el último que remitimos á los diferentes Estados de la América que fué española, cuyos comisionados no han dado aviso á esta Direccion de tener hechas suscriciones, y á fin de que no se nos tache de faltar á nuestros compromisos, rogamos á los señores que noten la falta de los números sucesivos, nos avisen si tienen hecho algun abono, en cuyo caso serán servidos de nuestra cuenta, pues antes que los intereses miramos por el crédito de la publicacion.

Nuestros corresponsales en Lóndres son los Sres. Artime, Benjumea y C.ª, por cuya mediacion se nos puede dirigir la correspondencia préviamente franqueada.

Esperamos se nos dispense el haber tomado esta determinacion, que aun cuando nos es sensible, tiende á corregir abusos lamentables.

Cádiz 8 de Junio de 1862.

LOS DIRECTORES:

DE CARLOS Y C.ª

Solucion al logogrifo del número anterior.

BISABUELO.

Lis, Bilbao, sol, Lia, Sil, Elba, loba, sí, la, loa, sable, obus, Lais, baile, baul, bola, beso, Isabel, usía, osa, Abel, abuelo, silo, suela, Alí, as, Esaú, base, sal, boa, Sila, bolsa, buba, losa, sábio, bú, Belo, Luis, Blas, Luisa, so, aseo, Saul, suelo, Babel, asilo, Elisa, aloe, uso, sebo, ola, bula, labio, soba.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

GEROGLIFICO.